

cuerpo estas esencias. Untad con esta pomada sus heridas. Ceñidle esta túnica de hermoso lino. Peinad sus cabellos. Ceñid á su cintura este cordón de oro. Ponedle las sandalias de púrpura. El rey le destina para ceñir su corona, y llevar su manto en las fiestas saceas. Sacadle al aire fresco, para que se reponga un tanto y pueda ser el rey del festín.

ORIEL.

Oigo una voz que me llama. Me parece que viene una estrella á ofrecirme un lecho de luz. Las nubes pasan, me tocan la frente con sus humedecidas alas, y dejan en mis labios una gota de agua. ¡Ah! Mi calentura cede. Parece que me despierto de un letargo. ¿Quién me ha vestido así? ¿Por qué me han quitado mi sayal? Me duelen mis heridas. Decidme, decidme, ¿por qué me habeis puesto esta ligera túnica de lino, y me tratais con tanto cuidado? ¿Os habeis compadecido ya de mí?

EL ESCLAVO (*que acompañaba á Oriel*).

Ya se alivia; ya cede un poco su fiebre. Los bálsamos, los aromas le vuelven el sentido que

perdía. Sacadle á respirar el aire libre y á ver un rayo del sol.

EL JEFE DE LOS EUNUCOS.

Si, todo lo necesita, porque va á ser por el rey servido en las fiestas saceas.

EL ESCLAVO.

¡Qué oigo! ¡Oh! ¿Y será posible? ¿Y le quitareis la vida? ¿Y clavareis en su garganta la cuchilla del sacrificador? Piedad, compasion para este generoso jóven. No sé qué hay en él de superior á nosotros; pero atrae los corazones. ¿Y el rey lo sacrificará así, cuando se ha interpuesto en el camino del crimen para salvarle de la muerte? ¡Oh! Compasion, piedad para él. Si quereis, si os dá lo mismo, aquí está la sangre de mis venas. Tomadla, tomadla; pero dejad su vida.

ORIEL.

¡Matarme! ¿Qué he hecho yo para que me maten? ¿Qué he hecho yo? Decídmelo.

EL JEFE DE LOS EUNUCOS.

Colgaste de tus hombros la púrpura real, ceñiste á tu frente la corona de Ninias. Y este gran

delito se paga en Babilonia con la vida. ¿Así puede un esclavo profanar las insignias de un rey?

ORIEL.

Las profané para salvarle.

EL JEFE DE LOS EUNUCOS.

La ley ni aún para eso lo consiente.

ORIEL.

El rey me salvará.

EL JEFE DE LOS EUNUCOS.

Desde que te ha nombrado rey de las fiestas saceas no puede salvarte, porque eres ya de Belo.

CORO DE ESCLAVOS (*en la sala del festin*).

Cantemos, cantemos la gloria de esta noche y las maravillas de sus festines. El salon es tan grande como el campo, y tan elevado como el cielo. Sus bóvedas azules, por mil luminarias esmaltadas, fingen con sus planetas sus estrellas, sus constelaciones, sus rojos cometas, que se mueven segun las leyes dadas por los magos, un

cielo como no alcanza á verlo la vista humana en las azules soledades del espacio, sembradas de mundos por la mano próvida de Belo. En las extremidades del salon se ven bosques llenos de limoneros, de mirtos, de sáuces, de magnolias, en cuyas ramas se esconden toda suerte de pintadas aves, y sobre cuyas copas suben arrogantes las aguas del Eufrates en atrevidos surtidores por los reflejos del iris esmaltados. Sobre los altares cubiertos con grutas de arrayan, donde anidan blancas palomas, se ven serpientes de bronce, toros coronados con diademas de oro, unicornios de mármol, vacas de jaspe, exfinges con la frente ceñida de laurel y rosas, ídolos de marfil, elefantes de granito, inmensas águilas de plata con sus plumas recamadas de esmeraldas, estátuas de Nino y de Semíramis, en cuyas manos brillan los signos de sus victorias, y á cuyos piés las grandes bocas de gigantescos cetáceos arrojan aguas de los rios que encadenaron y sometieron al dominio de Babilonia. Por las paredes se hallan exculpados en gigantescas figuras indios con sus trajes blancos, con sus pesados elefantes; fenicios envueltos en su púrpura y recostados en la proa de sus doradas naves; egipcios montados en sus blancos bueyes y seguidos de sus verdes cocodri-

los; escitas desnudos, con su arco de ébano y hierro sobre el hombro, caballeros en tigres de mil colores; los símbolos, en fin, de todos los pueblos y de todos los dioses que Babilonia ha encerrado en el mágico círculo formado por las claras aguas del Eufrates y del Tigris. En el fondo se vé sobre un altar de oro, entre cien pebeteros, bajo arcos de gayas flores, la diosa de Babilonia con su corona de torres, su manto bordado de estrellas, sentada sobre un leon, retratando en sus ojos arrobados el amor universal que hace con su vívido fuego germinar todas las cosas en el seno de la naturaleza. Las flores que llueve la techumbre, que de vez en cuando se abre para dar libertad á mil aves prisioneras; las nubes de aromas que suben de los pebeteros; los coros que suenan al compás de arpas y de cítaras; los sacrificios que sobre cada ara ofrecen los sacerdotes; el rumor misterioso de las fuentes que refrigeran los aires; el ruido de las ramas de los árboles mecidas mansamente por las áuras; la vista de las mil luminarias que fingen guirnaldas de estrellas; los jarrones de oro-exparcidos por do quier, que rebosan aromáticos vinos; los innumerables esclavos vestidos con túnicas de color de rosa y coronados con azucenas; las vírgenes

con sus trajes blancos y sus cabellos dados al viento y entrelazados con guirnaldas de verbenas; el ruido de las copas, el eco de los ardientes besos, el placer que todo lo anima, la orgía delirante que todo lo enciende, el baile que á todo presta su movimiento, las líbricas y ardientes canciones que provocan á nuevos goces; todo, todo hace que el corazón estalle de alegría, aunque sea esta noche de desenfreno la última noche de nuestra breve vida.

CORO DE ESCLAVAS.

Cantemos el placer y el amor, la vida y la alegría. El cielo es joven, y la tierra es su desposada, que le espera con los brazos abiertos y la frente ceñida de flores, palpitante de amor, en el inmenso lecho de los espacios. La sangre hierve en las venas de la tierra como el expumoso licor en la áurea copa, y la embriaga para que se incorpore y se levante á recibir en su frente el sol, que es el beso de fuego de su amado. Nuestro espíritu, que está prendido de la tierra como la fruta del árbol, como la estrella del cielo, se siente enardecido por el amor delirante que centellea en la naturaleza. Y así como el sentimiento de la tierra se ve por la primavera en el botón

que palpita lleno de sávia, en la yema que se rompe para dar la hoja, en la flor que exparce á los vientos sus aromas, nuestro amor se siente en los latidos de las sienas y del corazon, en el vértigo de la mente, en el arrobamiento de los ojos, en la vibracion de los labios, que sólo quieren decir palabras dulces envueltas en suspiros de nuestras almas. Por eso, cuando viene la primavera, y la noche extiende su velo sembrado de estrellas, y la luna camina cerca de la tierra en su carro de plata, y el espino se cubre de flores que el ala del zéfiro sacude sobre la verde grama, y la mirra y el incienso derraman las lágrimas de sus olorosas gomas en el ambiente; nosotras, las hijas de Militta, vamos con el cabello suelto, la blanca túnica desceñida como ligera nube, las manos ocupadas con las áureas cítaras, á buscar en el fondo de las cavernas el alma de la naturaleza, para confundirnos con su amor y tomar su fecundidad; y en esta adoracion, en que nuestros labios se pegan á la tierra, la esencia de la materia, absorbida por nuestras venas, se derrama con vívido calor en el alma; y un cántico delirante se exhala de nuestra garganta, cántico voluptuoso que llama á nuestros amados, y que se mezcla con el plañidero gorgo del ruiñeñor

perdido en el seno de los bosques. Como la estrella busca su constelacion, y la mariposa la flor, y la planta la luz, y el ave el aire, buscamos nosotras el amor. Toda la creacion está inundada de placer. Si pudiéramos, tomaríamos las alas del águila, y subiendo al nido de los cielos, sorprenderíamos los amores de la casta luna, y deshojaríamos sobre su lecho las rosas de nuestros bosques. ¡Ah! En la verde grama, en el árido desierto, en las orillas del rio encontramos huellas de nuestros amados que nos buscan para fecundar la tierra y llenarla de nuevos séres. Militta, hermosa Militta, tú proteges bajo tu manto nuestros amores, y así cada uno de los besos que reciben nuestros labios son un holocáusto á tu bendito, á tu sagrado culto.

ORIEL (en un trono en el centro del salon).

¿Qué veo? Me parece cuanto presencio un vértigo producido por la ardiente calentura que me devora. Las jóvenes más hermosas de Babilonia tendidas á mis piés, recibiendo el impuro beso de sus amantes; los esclavos entonando himnos orgiásticos; los guerreros danzando como energúmenos; el rey sirviéndonos de rodillas; su manto, más pesado que si fuera de plomo, sobre mis

hombros, y su corona, abrasadora como hierro candente, sobre mis sienes; los dioses todos y los sacerdotes de Babilona á mi vista; los magos profiriendo sus hechicerías; la orgía delirante rodeándome con sus encantos; y yo, que estaba lleno de vida, próximo á ser sacrificado á Belo, y más frío, más indiferente á mi triste suerte que esas pálidas estatuas. ¡Ah! Yo, que en el continuo anhelo de mi espíritu, en la ardiente sed de mi conciencia he buscado siempre un dios, y me he postrado ante el bosque, ante el torrente, ante el volcan, ante los astros, ahora el primer presente que voy á tener de Dios será el frío cuchillo del sacrificador cayendo en mi garganta. Y mi vida se perderá para siempre, como se pierde la hoja desprendida del árbol, que en sus revueltos torbellinos arrastran las ráfagas del viento. Yo he visto la planta seca volver á dar sus hojas, la flor marchita sacudir su semilla, la niebla desprenderse en gotas de lluvia, el insecto romper su larva y tomar matizadas alas, el ave dejar en sus hijuelos su propia imagen y su propio canto, la vida extenderse, perpetuarse en el círculo de la materia; y en el movimiento de tantos seres no he creído nunca que sólo yo pudiera ser arrastrado á la muerte. ¡Ah! Sí, también el ave corta

con sus alas el aire, y la flor exparece sus aromas en el cielo, y el bruto corre á su antojo por el bosque, y las aguas ruedan siguiendo su impulso por la tierra, y yo, yo soy esclavo, y no gozo de la felicidad concedida á los demás seres de la creacion. ¿Qué me importa la muerte? ¿Habrá noche más espesa que esta noche, dolor más grande que este dolor mio, tumba más fria que este palacio, y muerte más cierta que esta vida? Venga pronto la cuchilla del sacrificador, venga pronto; pero antes quiero saber una palabra. (*Llamando á un mago que pasa*). ¿Quieres explicarme una palabra, mago?

EL MAGO.

El rey de las fiestas saceas no debe rogar, sino mandar.

ORIEL.

Ya sé que me llamais rey para mayor escarnio. Ya sé que por todo premio me guardais la cuchilla del sacrificador, y por todo porvenir las tinieblas del sepulcro. Ya sé que me coronareis de flores, me vestireis de lino, y entre músicas y coros, cuando yo quiera levantarme á respirar un poco de aire, de ese aire de la vida que ansioso

y anhelante absorbe el jóven cuando la sangre hierve y el corazon late con fuerza, me precipitais herido en brazos de la fria muerte. Lo sé, y me resigno. El esclavo besa la mano que le hierre. Pero dime, mago, dime, tú que estudias los astros, dime qué quiere decir una palabra que me sonó al oido con mágica armonía; dime, ¿qué es libertad?

EL MAGO.

¿Dónde, infeliz, has oido esa palabra?

ORIEL.

Un día la oí en lábios de Ninias. Desde aquel instante perdí la tranquilidad. Sonaba en mis oidos esa palabra con una mágica celeste. Cuantas veces la pronunciaban los lábios, se iba tras ella el corazon. Un instinto confuso me decia que esa palabra ininteligible encerraba algun secreto de mi vida, algun misterio de mi sér. ¡Libertad! ¡Libertad! Nunca he escuchado este vocablo. Nunca el aire le trajo á mi oido en sus blandos y regalados suspiros. Jamás ninguno de los séres dijo cosa que fuera tan grata á mi corazon. Yo no entiendo lo que quiere decir esa palabra, y sin embargo, la guardo en mi conciencia, la pronuncio

en mis aflicciones; y mi pecho se ensancha, y una brisa del cielo sosiega mis instintos y apaga un poco el incendio de mi mente. ¿Qué será libertad?

EL MAGO.

Palabra tan misteriosa preguntas, que acaso no la sepa modular el Oriente. Dirígete á sus templos, y oirás el nombre de Dios resonar bajo sus bóvedas. Habla á las esfinges y á los ídolos, y te contarán los misterios del cielo. Sube á las altas torres, y sabrás por qué oscila sobre lo infinito la estrella, y por qué el mustio rayo de su luz baja hasta besar tu frente. Desciende á los abismos, y en el centro de la caverna verás una gota de agua que cae, y que es la eterna lágrima de la tierra. Piérdete en sus bosques, y respirarás esencias misteriosas que renueven tu vida. Pregúntale á esta region misteriosa por Dios, y te contestarán sus cocodrilos, sus unicornios, las piedras de sus templos, el incienso y la mirra que se pierde en sus aires. Pregúntale por la vida, y oirás un concierto de voces que la revelan, desde el cántico de la cigarra escondido en el polvo, hasta el grito audaz del águila que gira en los torbellinos del viento. Pero si hablas de libertad, sólo oirás un gemido, un lamento, el rumor de la ca-

dena, el chasquido del látigo, el grito que se pier-
de en la caverna, la eterna lágrima que cae en
los abismos. El Oriente, cuando le hablas de li-
bertad, está mudo y frío como sus esfinges. El
hombre no ha nacido aún aquí. Como la cabe-
za de sus estátuas está pegada al cuerpo de los
animales, la vida del hombre está confundida en
la vida de la naturaleza. No quieras levantarte
más allá del monte ó del bosque, no intentes rom-
per el velo de estrellas que oculta la verdad, y no
levantes nunca la bóveda de tu cerebro para mi-
rar lo que oculta, porque encontrarás la muerte.

ORIEL.

¡La muerte! El reptil sabe la hoja bajo que ha
de vivir; el ave busca aleteando en la tierra la se-
milla que ha de sustentar á sus hijuelos; el in-
secto conoce la flor cuyos aromas han de susten-
tarle un día; el pez busca en el fondo del agua
la rama de coral que ha de servir para su alimen-
to: y el hombre, que tiene en sí todas las formas
de la vida, todas las excelencias del sér, ¿no sa-
brá nunca, nunca, dónde se oculta la idea miste-
riosísima que ha de ser el sustento de su alma?

EL MAGO.

Si quieres saberlo todo, encontrarás en todo el
dolor. En el polvo se ocultan las víboras, en las
hojas de las flores los insectos; en las enredade-
ras que penden de los árboles las serpientes, y
muchas veces no vemos el mal que nos guardan,
y andamos desquidados por los bosques, y salimos
ilesos de sus mordeduras. Si lo supiéramos todo,
la vida seria un desencanto continuo. No andaria-
mos por no pisar las víboras, no entraríamos en
el bosque por no encontrarnos con la serpiente,
no cogeríamos la flor temiendo que se nos clava-
ra el aguijón de la abeja. Pero la ignorancia en-
vuelve en sonrosado velo todas las cosas, y nos
preserva de grandes males. Si viéramos el esque-
leto que el velo de nuestras formas encubre, el
hervidero de la vida que la corteza de la tierra
oculta, acaso sentiríamos un dolor infinito, una
continua congoja, al contemplar que somos un
poco de ceniza y que dimanamos de la universal
corrupcion y podredumbre. El tiempo oculta mu-
chos misterios bajo sus alas. Si quieres robarle
esos misterios, acaso el tiempo mismo te ciegue,
como el águila arranca los ojos al pastor que in-
tenta robarle sus polluelos.

ORIEL.

Pero así como el águila deja un día que sus hijuelos abandonen su nido y se lancen á los vientos, el tiempo dejará escapar sus misterios; porque, de otra suerte, la vida seria como eterna noche. Interroguémosle, pues, miremos el nido en que se ocultan sus grandes secretos, para que no se pierdan á nuestra vista.

EL MAGO (*moviendo la cabeza*).

Mas para saber lo que preguntas, necesitas vida, larga vida. ¿Qué te importa á ti esa palabra que con tan solícito afán indagas? Cuando se apaguen estas luces, cuando callen estas músicas, cuando se harten estos glotonos, y se sacien de placeres todos, serás despojado de tu manto y de tu corona, conducido entre los sacerdotes á las bóvedas del templo, donde aguardarás á que la cuchilla del sacrificador siegue tu garganta y te arranque la vida.

ORIEL.

¿Y sólo viviendo podré saber lo que es libertad, esta palabra misteriosa que arrebatada tras sí el alma?

EL MAGO.

Sólo, solo viviendo.

ORIEL.

Pues deseo vivir. Quiero más armonías en la naturaleza, más colores en la corola de la flor, más gotas de rocío suspendidas de las hojas de los árboles, más formas de la inagotable naturaleza, más corrientes impetuosas despeñándose por los desfiladeros, más movimiento de seres y de mundos, más consonancias entre el ruiseñor que canta en el árbol y el arroyo que se desliza por las pintadas guijas, más amores entre las plantas y los astros, más ebullicion de la esencia de las cosas, mayor florecimiento de astros en el cielo; vivir, sí, vivir más tiempo, para perderme y confundirme en la inmensa y vívida creacion.

CORO DE MAGOS (*á Oriel*).

¡Infeliz! No pienses en la vida cuando sobre tu frente cierne sus negras alas ya la muerte. Piensa que al pié de cada hombre hay un gusano roedor que es el tiempo. Cuando te asomes á mirar tu porvenir, en el fondo de toda tu vida verás el negro abismo de la muerte. Cuando levantes los

ojos al cielo, á pesar de la luz del sol y del centellear de las estrellas, verás en la noche, más allá de todo sér, el negro, el espeso velo de la muerte. Sobre el gran templo del Universo hay un mónstruo que vive rumiando séres. En sus fáuces se perderán las estrellas como gotas de agua, se extinguirá el sol como débil pavesa, se desvanecerá el gran todo como las sombras del sueño. El hombre es un caminante perdido, errante, empeñado en olvidar que su albergue, su morada paterna es el sepulcro. ¡Cuántas veces hemos visto una estrella fija, rutilante, que creíamos eterna, y despues el tiempo se la ha llevado en las negras orlas de su manto de tinieblas. Como alrededor de cada sér hay un límite, y alrededor de cada astro en la callada noche una sombra, alrededor del Universo está la muerte. Cada paso que dás te aleja de la cuna y te lleva al sepulcro. Cada día es un pedazo de tu sér que rueda á la eternidad. Mira, ¿ves aquel monte? Pues allí duerme Semiramis. Removió el mundo, despertó razas con su espada, llegó desde las orillas del Mediterráneo hasta las orilas del Indo, ocultó en su manto el Asia como el ave oculta bajo sus alas el nido, derramó sangre de todos los pueblos, trajo á este palacio coronas de todos los re-

yes, guió su carro sobre las ruinas de mil templos, holló con los piés de sus elefantes los cadáveres de mil generaciones de dioses, puso montañas sobre montañas, y lanzó los rios por sus cimas; y á pesar de tanta grandeza, un soplo del aire, la respiracion de un insecto puede esparcir y disipar sus cenizas. La vida es una copa en cuyo fondo está siempre la muerte. Una hora ménos de vida es una hora ménos de padecimiento. En la naturaleza, todo lo que se muere es hermoso; el sol poniente, la flor que se deshoja, la tempestad que se despide con el iris, la estrella de la mañana que se borra en la luz, el ave que lanza en su última hora sus últimos gorgeos.

ORIEL.

Pero yo, yo quiero vivir, porque no conozco todos los secretos de mi existencia. Los séres se despedirán de la vida cuando hayan cumplido su fin y realizado su obra. Pero yo, ¿me he de morir sin saber un secreto que llevo dentro de mí mismo? No. Yo amo la vida. El cielo riente, el sol, el cántico de todos los séres, los colores de la naturaleza, la armonía universal, el placer, el amor, mi sangre que hierve, me convidan á vivir. Quiero vivir. Mientras yo no sepa lo que es li-

bertad, la cuchilla del sacrificador se embotará en mi garganta. Sólo muere el hombre cuando ha perdido la última esperanza, como sólo muere la flor cuando se ha secado la última gota de su sávia. Y yo no moriré. El aire brilla en cambiantes de luz. Las estrellas se sonrien. Los sáuces sacuden de placer sus ramas sobre las aguas. El rio va murmurando palabras de vida. Allá á lo léjos se ven blancas nubes argentadas por el rayo de la luna, que parecen una bandada de palomas. Las flores rompen su capullo y se abren al beso de la noche y al arrullo del áura. La vida centellea por do quier. Y en medio de tanta vida, ¿he de perecer yo, yo que me siento crecer? No, no. Nadie podrá arrancarme la hermosa luz de la existencia.

NINIAS.

Jóven esclavo, tu muerte está decretada por los dioses. Pronto irás, vestido de blanco lino, perfumado de misteriosas esencias, ceñido de flores, á prepararte en el templo para morir sobre el ara del sacrificio. Los dioses á que te consagro son dignos de tí. El mayor entre ellos es Belo, aquel que lanza de su frente la luz, que sostiene en sus manos las riendas del tiempo, que dirige

con su voz las ruedas de los carros de oro en que duermen los génios de los astros, y lleva consigo á su esposa Belgad, más bella que la luna llena, cuyo velo de argentada luz envuelve en misteriosa gasa el amanecer, y la tarde en indeciso crepúsculo, cuando los moloes con cabeza de vaca andan entre las sombras de los bosques, y los nergales convidan con el canto del gallo á dormir á los hombres que viven sin cuidado bajo el amparo de Belo, cuya fuerza creadora ha infundido la vida á todas las cosas, y cuya poderosa organizacion se envuelve los espacios infinitos como un manto y se ciñe como un collar á su garganta todas las constelaciones del cielo. En el templo donde se ha de consumir tu sacrificio, verás orgías infinitas, esclavos desnudos azotándose hasta sacar de su cuerpo sangre, mujeres que entreguen á los sacerdotes las ofrendas de su amor, danzas ardientes acompañadas con los conciertos de las flautas y los ruidosos ecos de los atambores. Y tú al pié del ara, despues de haber ofrecido incienso y mirra á tus dioses, perecerás, y tu alma se perderá en los espacios como la nube de humo del sacrificio. Así lo pide la religion, así lo manda tu rey. Vé, pues, á morir. Te entrego á mis magos, á mis sacerdotes.

ORIEL.

Rey de Babilonia, que no tienes una gota de sangre en el corazón; que derramaste sobre mi la última lágrima de tus ojos; que mandas hombres á la muerte con la misma indiferencia que los esclavos de tu cocina mandan bueyes al matadero; que juegas con tu corona y con tu cetro á los dados, entregándolos al vario giro de tus caprichos; que no tienes ni una pavesa de fé en el oscuro abismo de tu alma, ni un aliento de esperanza en tu consumida existencia, ¿cómo te atreves á consagrar á tus dioses un esclavo que los detesta, que los maldice, y que, al morir, escupirá á su frente toda la hiel que atesore en su larga, en su prolongada agonía? Déjame vivir en paz. Yo no te quito ningun pedazo de cielo, ningun suspiro de aire, ningun rayo de sol, ningun lugar del espacio, ningun sentimiento del alma. Déjame vivir en paz, con mis ideas, con mis esperanzas, al ménos hasta que sepa qué es libertad, esa palabra recogida de tus lábios para mi tormento.

LOS MAGOS.

Infame esclavo, ¿sabes lo que has dicho? Gusanos de la tierra, ¿te has atrevido á levantarte has-

ta el sol? Baja de tu orgullo, que el sol te reducirá á cenizas.

NINIAS.

Callad. Yo le perdono. Pero arrancadle pronto de aquí, lleváoslo en buen hora, y mañana, que es el día destinado para el holocausto, sacrificadle á los dioses.

LOS MAGOS.

Cese el festín. Apáguese las luminarias. Callen los coros y la música. El rey de Babilonia quiere quedarse solo. Llevemos en procesion la víctima de las fiestas saceas á su ara y á su altar. Démosle esta noche para que medite en los misterios de la muerte y en los secretos del sepulcro. Andad, andad, y entonad el último coro que despida esta noche de placeres. (*Vánse todos, ménos Ninias.*)

EL CORO (*se oye á lo lejos*).

La noche de placer ha pasado, y viene el día á iluminar nuestro hastío. Todo dura en la naturaleza, ménos el hombre, fantasma que se borra de la tierra como la nube del cielo. El sol brilla siempre, los horizontes centellean con eterna ale-